



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13320

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 11 DE ABRIL DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Efraim el Herrero

(LEYENDA)

Las primeras luces de la mañana aparecieron en el lejano horizonte.

Efraim golpeaba sin descanso el encendido hierro. El potente martillo al caer sobre el yunque, producía un sonido metálico y acompasado, semejante al tañido de una campana.

El pequeño Ezequiel, acurrucado junto á la fragua, no pudiendo resistir aquella noche de trabajo, dormía con un pesado sueño peculiar de los primeros años.

Los débiles resplandores que se escapaban del fogón iluminaban sus blondos y enmarañados cabellos y su enardecido rostro.

Efraim se detuvo. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente. Un velo se extendía ante sus ojos y durante algunos segundos su mirada extraviada recorrió los oscuros ámbitos de la herrería.

Arrojó al fuego la pesada tenaza á cuyo extremo se veía el hierro incandescente.

Dejóse caer sobre un banquillo y apoyando los codos sobre las rodillas hundió su cara entre las manos quedándose sumido en una meditación profunda.

—¿Será verdad?—murmuró con voz ronca;—las palabras del Nazareno resonaban en mis oídos con una tenacidad incomprendible. ¿Soy un miserable? ¿No lo soy? De cualquier modo que fuera, sus frases han envenenado mi espíritu y mi cerebro estalla al calor de una ansiedad desconocida.

—¿Hermosa doctrina!—continuó tras una breve pausa;—todos los hombres somos hermanos como hijos de un mismo Dios; amémonos los unos á los otros; redimamos al cautivo. ¿Qué hay de punible en esto para que de tal modo excite las iras de los fariseos? ¿Ven acaso en estos principios una sorda amenaza para la augusta sinagoga?

Alzó Efraim su cabeza calenturienta; pasóse una mano por la frente y un estremecimiento agitó todo su cuerpo. Su mirada se clavó intensa, delirante, sobre el negro muro del taller. Los rayos del sol naciente, penetrando por la puerta, bañaban aquel lienzo de pared sobre el que se veían tres cruces construidas toscamente con robustos leños.

Contra el pie de la más elevada, Ezequiel apoyaba su rubia cabeza y una sonrisa parecía entreabrir sus diminutos labios.

—¿Quién sabe!—exclamó Efraim lanzando un profundo suspiro;—dentro de algunas horas todo habrá terminado.

Su mirada adquirió un tinte sombrío; una oleada de sangre subió hasta su cerebro y con voz que más bien parecía un rugido, murmuró:—«Pero si ese condenado es un mártir; si es un apóstol de la verdad; si la luz rompe las tinieblas de mi espíritu, juro castigar con mi brazo al primero que profane su memoria, aunque fuere el César».

Y al pronunciar estas palabras, en que se revelaban las dudas que agita ban su alma, levantó el pesado martillo dejándolo caer con fuerza sobre el yunque. Al golpe, Ezequiel entreabrió los párpados y el temor más completo se dibujó en su semblante.

Efraim comprendió lo que pensaba Ezequiel y procuró sonreír.

—Vamos, levanta hijo mío y no temas. Eres holgazán, pero de poco hubieras podido servirme de ayuda. El trabajo ha concluido. Coje esos clavos, las tenazas y los martillos y dirígete á la cumbre. El momento se acerca.

Ezequiel no se hizo repetir la orden y ligero como un gamo encaminóse al monte de las Calaveras.

Una inmensa muchedumbre se agitaba en torno del Pretorio.

El Centurión Cleofás, seguido de dos filas de legionarios, apareció bajo el pórtico.

Entre ellas caminaba lentamente, con uno de los brazos de la pesada cruz apoyado en el hombro, Jesús el Nazareno, el titulado rey de los judíos.

Un grito de júbilo se extendió por

los aires, y aquella multitud desalmada precipitóse sobre la desdichada víctima.

Los soldados resistieron al golpe de sus lanzas la formidable avalancha, y una nube de piedras fué á golpear el lacerado cuerpo del Hijo de Galilea.

Jesús lanzó un sordo gemido y pareció vacilar un instante próximo á desplomarse.

Unos térreros brazos le estrecharon y un rugido de desesperación confundióse con los alaridos de la muchedumbre.

Jesús levantó penosamente la cabeza y fijó una lánguida mirada en el semblante de su protector.

Era Efraim el herrero.

—¡Cobardes!—gruñía éste,—no fuérais tan osados con el amo que fustiga vuestras carnes.

—Las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación,—murmuró una voz amenazadora.

Efraim volvió la cabeza y divisó á un anciano pobremente vestido á la usanza de los pescadores del lago de Tiberiades.

El suplicio había terminado.

Las sombras de la noche, una noche lóbrega y maldita, se extendía sobre la ciudad de Jerusalén.

La fiesta de los Azimos llegaba débilmente con todos sus rumores, con todos sus cánticos hasta la cumbre del Gólgota.

Los tres instrumentos del castigo se dibujaban como negros fantasmas en el espacio.

A pocos pasos una figura humana, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en el infinito, permanecía inmóvil.

De vez en cuando dilatábase su pecho cual si fuera á estallar, y un ronco gemido brotaba de sus labios.

De improviso le pareció que un sollozo contestaba al suyo como un eco.

Al pie de la cruz una masa informe, una sombra, se agitaba lanzando profundos gemidos.

—¿Es la madre!—murmuró Efraim,

—á quien han arrebatado su más preciado tesoro. Y yo, desgraciado, he sido el ciego instrumento de los odios de esos miserables. La luz invade mi espíritu. Las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación. ¡Perdón, Dios de verdad,—gimió el infeliz cayendo de rodillas,—que tu anatema no caiga sobre mi frente! ¡Y tú, ciudad envilecida,—rugió volviendo su rostro hacia Jerusalén,—¡maldita seas!

Y loco, delirante, ébrio de desesperación, Efraim descendió de la cumbre con su férreo martillo sobre el hombro y la locura estereotipada en el semblante.

En este estado llegó á la puerta de la fragua y con un sentimiento instintivo de repulsión, arrojó con todas sus fuerzas el pesado instrumento al interior de la herrería.

Un grito terrible, de muerte, heló la sangre en las venas de Efraim.

Con un esfuerzo sobrehumano arrojóse al interior del taller.

El pequeño Ezequiel, con el cráneo partido por el formidable golpe, se agitaba entre las ansias de la agonía.

El desdichado herrero lanzó una carcajada histórica y estrechando entre sus brazos el cuerpo inanimado de su hijo, gritó:

«¡Las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación!»

Ramón Deltell.

EL ÚLTIMO BESO

¡Jesús espiró ya!... La luz del día se apagó con desmayo, y, sin embargo, entre la sombra impía, de la divina frente brota un rayo... ¡Es el último beso de María! El último y más santo que dió una madre en su dolor profundo; por eso brilla tanto. ¡Su sola luz alumbraría un mundo! Con delirante éxtasis, en llanto amargo de pesar prolijo, todo su amor lo condensó en un beso y lo estampó en la frente de su Hijo. ¡Allí lo dejó todo!... La ventura que nació en su pecho su marchita palma,

su consuelo, su afán, su triste calma; ¡que una madre, en su angélica ternura, en el último beso vierte el alma!

De la ruda tormenta calló la ronca voz: negro es el velo que el cielo cubre y el pavor aumenta; mas ya no tembló el suelo ¡que la alta cruz susienta: detuvo el huracán su rauda vuelo; trocóse el orbe en pavón tumba; ¡pero ¡cuando todo lo borraron ¡pero ¡cuando todo lo borraron ¡pero ¡cuando todo lo borraron!

¡Qué triste soledad la de una madre! Nadie sorprende su misterio santo: nadie templa su mal ni sus enojos: uno tiene piedad de su quebranto; uno entibia su fuego... ¡el triste llanto que abre paso á la pena por los ojos! Lágrimas del amor su vista empapan; ¡Quién pudiera á su lado recogerla!

¡En ellas van las penas que la duelen, y los pies de Jesús dolientes bañan preciosos hilos de abundantes perlas! ¡Su sollozo en el aire se perdía; sin encontrar, para esconderse, un hueco!... ¡Solo la dura cruz se estremecía!...

¡A un muerto, hallaban eco en Jesús los suspiros de María!

¡Yo oí en tu llanto!

A través de los siglos que pasaron me la repite el viento:

¡sus carísimas alas te guardaron para todo cristiano sentimiento! La nota de dolor, que gira inquieto, clara y robusta vibra.

Ella mueve la fibra del corazón dormido del poeta; ella le da al profeta su inspiración sublime.

¡En la sagrada noche de María alienta religión y poesía, y el arte entero su valor redime!

¡Qué crimen es el tuyo; Hijo bendito, que formó mi encanto!... Perdón si te arguyo; mas si me dacias que me amabas tanto, ¿cómo hoy rehuyes mi cariño santo, cuando ni aun muerto tu color rehuyo?...

¿Cómo muerte afrentosa te da el hombre sin nombre, cuando exhalas tu vida generosa por redimir la esclavitud del hombre?

¡Su cruel osadía no comprende tu inmenso sacrificio!... ¡Así hora María! ¡La patria en su piel no comprendía!

360 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

LA PIEL DE ZAPA

261

—Podría prestarme un servicio muy importante—me dijo la condessa mirándome con ademán apático.—Después de haberme declarado mi antipatía hacia el amor, me considero con más libertad para reclamarte una suma de dinero en nombre de la caridad. ¡No os parece malísimo acordarse—que debe ser vuestro mérito muy grande para que me obligue en el día!

La miré con dolor. No sintiendo nada á mi lado me encontraba llorando y no afectada; parecía representar un papel como una actriz consumada; pero á veces su acento, una mirada, una palabra, despertaban mis esperanzas; mas ni mi amor reanimado brotaba en onces en mis ojos, ni la resistía la razón que la claridad de los suyos se alzaban; porque apoyándose á los de los suyos, parecían forrados con una hoja de metal. En aquellos momentos la detestaba.

—La protección del duque de Navailles—me dijo continuando con independencia de vos llenas de equidad—me sería muy útil para de una persona muy poderosa en Rusia, y cuya intervención es necesaria para hacerme justicia en un negocio que me interesa á la vez á mi fortuna y á mi posición en el mundo, el reconocimiento de mi matrimonio por el emperador. El duque de Navailles es vuestro primo, y sus cartas suya le decidiría todo.

—Soy vuestro,—le respondí,—mandad. —Sola muy amable—continuó ella apretándose la mano.—Venid á comer conmigo y os lo diré todo como á un confesor.

Aquella mujer tan reservada, tan discreta, y á la cual nadie había oído pronunciar su palabra sobre sus intereses, trataba de consultarme.

—¡Oh! cuánto aprecie ahora el silencio que me habeis impuesto;—exclamé—pero hubiera yo preferido una prueba algo más costosa todavía.

En aquel momento cogió la embrague de mis miradas, y no rehusó mi admisión: por consiguiente me amaba.

Llegamos á su casa y felicemente el fondo de mi bolsa pudo satisfacer al cochero. Pasé delictosamente al día en su casa solo con ella. Era la primera vez que podía verla de aquel modo. Hasta aquel día el mundo y su caudal política nos habían siempre separado aún en sus santos convites; pero entonces me hallaba en su casa, como si hubiera vivido bajo su techo: la poesía, por decirlo así, y mi estúpida imaginación rompiendo las trabas, arreglándolo todo á su capricho, me sumergía en las delicias de un amor venturoso.

Creyéndome su esposo, le admiraba en sus menores de



XXVII

A la mañana siguiente mi herolamo me costó muchos recordamientos. Creyendo haber faltado al asunto de las memorias de tanta importancia para mí, corrí á casa de Rastignac, y fuimos á sorprender en la suya al titular de mis trabajos futuros.

Mr. Mirabault me leyó una especie de contrato en cuyo contenido nada se hablaba de mí, y después de firmarlo me entregó cincuenta escudos.

Noa desayunamos juntos los tres. Luego que hubo pagado mi sombrero nuevo y mis deudas, no me quedaron más que treinta francos.

Poro todas las dificultades de la vida se habían venido por algunos días; y si hubiera seguido los consejos de Rastignac hubiera podido acumular tesoros, adoptando